

LETRAS DE LIBERTAD

Un taller literario abre las puertas de la imaginación a internos de la Unidad Penitenciaria N° 23 de Florencio Varela. El poder de la lectura y la escritura contra la violencia dentro del universo carcelario.

Por **SUSANA PAREJAS**
Fotos: **NACHO ARNEDO**

El sol de las 11 no alcanza para entibiar la mañana. Está fresco y ventoso. Ellos esperan con las camperas puestas, están sentados en un aula pequeña de pisos de cemento alisado, donde algunos pupitres de fórmica se mezclan con otros más rústicos hechos con tablones de madera clavados como al descuido, sobre los que se tiró una chapa de color azul. Son catorce, la mayoría se agrupó al fondo, uno pegado al otro, las mesas no alcanzan para todos. Al frente un pizarrón guardó los restos de otra clase, palabras escritas en tiza. No hace falta borrarlas, el pizarrón no se usa, nadie escribirá en él, porque hoy se lee. Se leen historias inventadas entre varios, escritas entre mate y mate. Escritas a puño y letra, en cuadernitos armados a mano con tapas de cartón, escritas con birome o con lápiz, con letras grandes o chicas, desparejas.

Alberto Sarlo no es profesor de literatura, aunque le encanta leer y tiene publicada la novela *Pura vida*, en la Editorial Eloísa Cartonera, un proyecto artístico social y comunitario sin fines de lucro dirigido por Washington Cucurto, Javier Barilaro y Fernanda Laguna. Es abogado, pero no penalista, sino corporativo. Alberto es el “alma páter” de este proyecto, que ya tiene varios meses en su haber. Y es el que cada

“Que un tipo hable de sus sentimientos en la cárcel viola todos los códigos tumberos. A mí no me interesa que este proyecto sea por el lado tumbero, hay que sacarlos de esa subcultura.”

Alberto Sarlo, organizador del taller

miércoles guarda libros en su mochila, se saca el traje, se pone su campera y sus zapatillas y da dos horas de su vida por los presos, los lleva a recorrer “la calle” aun estando adentro. Lo hace ad honórem, no recibe ningún subsidio ni ayuda económica y tampoco la quiere.

Alberto pudo concretar este año algo que se gestó cuando comenzaba a cursar la carrera universitaria. “Cuando estudiaba derecho fui a conocer la cárcel de



“LOS TALLERES ALIVIAN TANTA CARGA NEGATIVA”

Por Camilo Blajaquis*

El encierro es esa metáfora que nos permite disfrazar olvidos y prejuicios, miedos e ignorancia ciudadana. Es un mecanismo destinado a no ser nada, pero algunos siguen creyendo que con una vuelta de rosca podría ser un dispositivo que “sirva”.

Mi trayecto empírico por cárceles e institutos me entregó la certeza absoluta de que la cárcel no tiene otra función que la de generar resentimientos y sed de aniquilación, propia y ajenas. No sólo el castigo y el verdugueo se da en el plano físico de los golpes, hay otro plano a donde el poder y la moral dominantes atacan al preso, y es en su aparato psíquico. Al preso se le va inyectando en la mente distintos conceptos que generan que el pibe detenido se vea tentado cada vez más a resignar todo sueño de modificación que aferrase a una esperanza. El error de muchos soberbios es asociar que un pibe analfabeto es sinónimo de ignorante. Será fácil de percibir, como siempre, que se mirará al preso como una especie rara dentro de la especie humana, que al ser ignorante por naturaleza sólo podrá experimentar cierto progreso si se deja amoldar y bautizar por profesionales y mercenarios de la palabra (jueces, fiscales, asistentes sociales, psicólogos).

Esta hipocresía la percibí muy evidentemente en la cárcel, siempre el que enseña es el que viene de afuera y el ignorante es el preso. Tal método no tiene otros resultados que la continua falta de transformación social que se ve en la vida de los pibes marginados.

El delito entre menores de edad ha crecido y el consumo de drogas también, esto quiere decir que mis razonamientos no se alejan bastante de la realidad.

El encierro no sirve ni va a servir, pero quizás, a veces haya al menos chispazos que impiden que el caos sea total, y esa microscópica luz la traen algunos, sólo algunos talleristas que se acercan a institutos, movilizados por su sensibilidad humana y no por el caretaje reinante entre la militancia actual de tener el cartelito de comprometido.

El pibe puede ser analfabeto, pero no es boludo y sabe descifrar cuando alguien viene a ayudar “de enserio” y cuando viene en busca de la etiqueta. Los talleres son un espacio fundamental y necesario para aliviar tanta carga negativa que hay en la cárcel, pero es básico que el encargado de dictarlo sea genuino y busque relacionarse con los pibes horizontalmente y no desde un lugar vertical, es decir creyendo que el saber más o tener una carrera hecha lo habilita a sentirse superior a los pibes. Cuando pasa esto los resultados están a la vista, todo se diluye como el humo de un cigarro y lo que tendría que ser un taller se convierte en una farsa.

* César González pasó por varios establecimientos carcelarios, donde se convirtió en Camilo Blajaquis, el escritor y poeta joven. Dirige la publicación “¿Todo piola?” y acaba de presentar en la Feria del Libro “La venganza del cordero atado”, de Ediciones Continente. También estudia Filosofía en la UBA.



Olmos, uno de los peores Olmos, el de los noventa y pico. Conocí ese infierno por dentro, lo conocí muy bien porque tuve una profesora que me llevó por todos los pabellones. Vi las peores miserias que en mi vida había visto, por lejos. Y ahí uno queda marcado por lo que es el abandono de la política penitenciaria”, explica.

La semilla ya estaba plantada, sólo esperaba un terreno fértil para crecer. A través de la iniciativa de la Editorial Eloísa Cartonera, de Alberto Sarlo y con el aval del director de Políticas Penitenciarias, Carlos Rezzónico, se concretó el comienzo de los talleres de lectura y escritura en las cárceles de la provincia de Buenos Aires. El miércoles 28 de abril, en la Unidad de Florencio Varela, los reclusos comenzaron a leer las historias de Rodolfo Walsh, Horacio Quiroga, Julio Cortázar, Tomás Eloy Martínez y Alan Pauls, entre otros.

¿QUIEN QUIERE LEER? Algunas manos se levantan, mientras otros intentan una excusa. “Simplemente hubo vagancia”, se escucha una voz desde el fondo del salón. No trajeron la historia. “Yo lo escribí, pero no lo traje”, aclara uno de los Diegos; hay varios en la clase, y relata la historia que pensó pero no escribió con todos los detalles. Tiene mucho de ciencia ficción, “una onda Robocop”, agrega y promete traerlo para la próxima. Al contrario de cuando contó su historia de ficción,

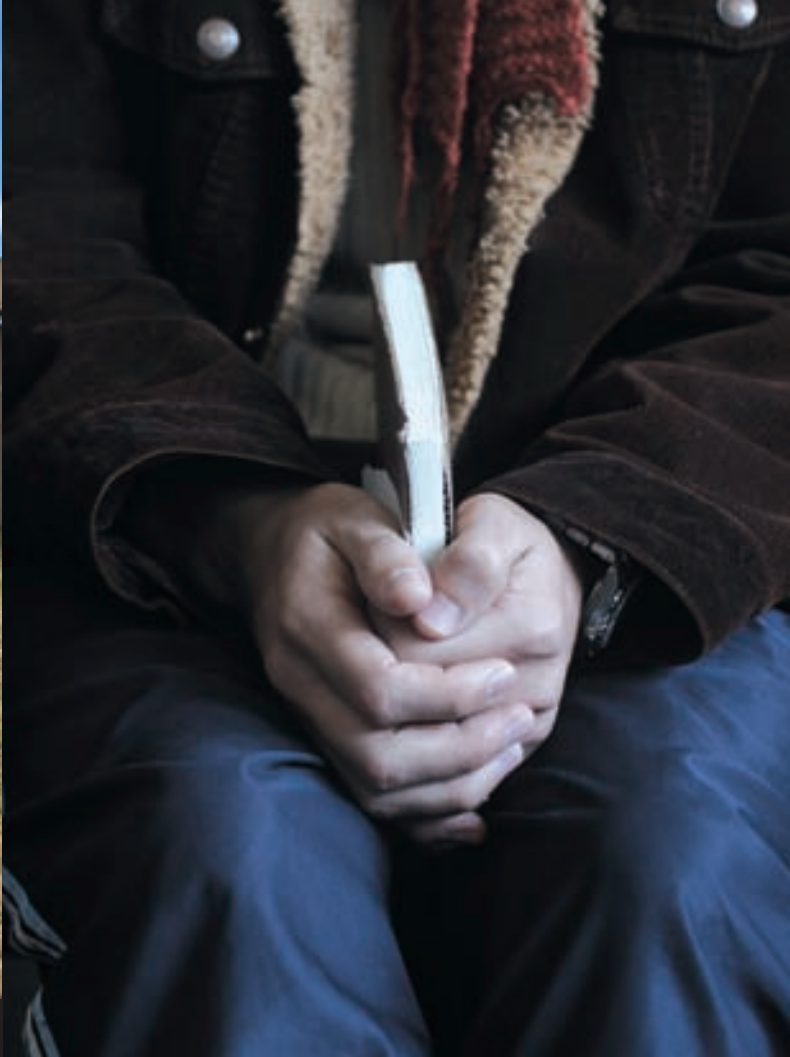
Diego (33) no abunda en detalles cuando se le pregunta por la suya, “llevo una década adentro y me falta bastante”. “Ahora nos dedicamos a escribir, a usar la imaginación. La imaginación es una forma de libertad, más allá de que nos encontremos privados de algunas cosas, nuestra mente siempre está en libertad”, sostiene Diego, que perdió a su hijo de 14 años hace un año.

Las excusas por el trabajo no hecho caen bajo la promesa de traerlo, y un mea culpa, “estuvimos mal, pero estuvimos bien en decir la verdad”, que saca la sonrisa de varios. “La idea es que trabajen, que discutan, que salgan las ideas –les dice Alberto–, viven en el mismo pabellón, tienen 7 días para hacerlo”. Hay dos ejes sobre los que se sostienen los talleres, por un lado sacarlos del ocio y, por otro, fomentar el respeto. “El ocio en las cárceles implica violencia, el que se traten con respeto, que trabajen en equipo es absolutamente revolucionario para ellos”, dice convencido Sarlo.

La Unidad Número 23 está ubicada en un predio de 12 hectáreas, situado a 15 kilómetros del casco céntrico, dividido por cinco parcelas que forman el Complejo Penitenciario (5 unidades penales), y posee un régimen cerrado, con un sector de Mediana y otro de Máxima Seguridad. Los que concurren al taller están alojados en un pabellón llama-



Ricardo Piña y Alejandro Miranda de Eloísa Cartenera, y Alberto Sarlo, organizador del taller.



do de “autogestión”. En él conviven 28 internos. “Son los que tienen mejor control, los niveles de seguridad se ven disminuidos en base a la buena conducta que poseen”, comenta el subdirector, Bernardo Suazo. Y a pesar de que lo del taller es muy reciente, reconoce que “los internos se muestran ante lo novedoso con curiosidad e interés”. La unidad no escapa al problema de superpoblación carcelaria. Fue inaugurada el 15 de abril de 1997 para 350 internos, pero hoy hay 752 alojados en ella. Y en estos años se agrandaron sólo el sector cocina y los salones para visitas. Las aulas no.

OPERACIÓN LECTURA. Los que sí trajeron las historias atravesadas por su realidad comienzan a leerlas. “Ya está escrito no hay vuelta atrás”, dice Martín, el primero en leer la de su grupo. “Lo tenía desde el jueves en el cerebro, lo pensé yo y ellos me dieron una mano. Lo escribimos en 3 horas”, explica. Los demás lo escuchan en silencio. Un silencio que se siente como respeto. La historia no tiene final feliz, como la suya.

Tiene 32 años y está en la Unidad 23 desde noviembre, “quedé

“Ahora nos dedicamos a escribir, a usar la imaginación. Es una forma de libertad, más allá de que nos encontremos privados de algunas cosas, nuestra mente siempre está en libertad.”

Diego, recluso de la Unidad Penitenciaria 23

con 12 años y 8 meses, unificaron mi causa, robo con uso y portación de arma”, aclara todo de corrido, como si fuera una lección aprendida de memoria. Empezó el curso más tarde, “es la segunda clase que concurro y ya escribí un cuento”, comenta orgulloso. Martín tuvo buena educación, “mi madre me mandó a escuelas privadas, le estoy muy agradecido por la crianza que me dio, pero mi padre no me crió como tendría que haberme criado”. Le faltan dos materias para terminar el secundario, “hace 14 años que lo hice”, y dos años para ser profesor de inglés, también tiene un año de periodismo deportivo. Es reincidente, “lamentablemente delinqué y seguí delinquiendo, salí y duré 45 días y volví, ahora llevo 6 años y 2 meses detenido, me doy cuenta de que los que perdemos somos nosotros y más que nada nuestra familia, que son los que sufren. Ojalá que cuando salgamos...”, el final de la frase queda sin completar. “La otra clase le agradecí a Alberto (Sarlo), porque me sacó a la calle al escribir, la calle para nosotros es libertad”, afirma Martín y cuando lo dice mira a los ojos.

“Es lo que nos pasa a los que somos apasionados por la lectura, uno vuela y puede terminar varios siglos atrás, o vivir en otro lado, y el que más necesita ese vuelo no soy yo que estoy leyendo un libro en el *living* de mi casa, sino un preso. Son personas que aprendieron a leer y escribir hasta los 10 años, luego la vida los llevó por otros

EL TRABAJO CREATIVO PRODUCTIVO

El médico psiquiatra, psicoanalista, escritor y docente universitario José Eduardo Abadi analiza el valor de los talleres en la cárcel, en base a cuatro elementos.

1- Hay situaciones conflictivas, traumáticas y angustiosas que a través de la creatividad y sublimación permiten transformar esa tensión en un logro, no solo para el otro sino en una elaboración del propio interno del sujeto.

2- El sujeto que está en un taller de este orden establece vínculos, es decir se crea un grupo. Y cuando se crean vínculos y se crea un grupo se crean lazos, lazos con el semejante, lo cual lleva a un enriquecimiento importante de lo que es el cuidado y el respeto por el otro. Así también, como tomar conciencia de que el otro nos aporta algo a nosotros, lo cual naturalmente genera una cuota de inclusión e integración y de disminución de todo lo que es la tensión agresiva y persecutoria.

3- Trabajar, crear, estar en equipo exige un esfuerzo, pero este esfuerzo que llamaríamos: “el trabajo creativo productivo”, por llamarlo de algún modo, es placentero. Redefine para ellos la noción de esfuerzo y en la medida que instala códigos entre ellos en el grupo, construye para esta gente una cierta normatividad, es decir reglas de juego a respetar. Y esto es evidentemente para aquellos que han roto la membrana de la norma, es una conducta reparatoria.

4- Está en último término lo que es el desarrollo de la fantasía como una finalidad creativa y solidaria. La actividad de la fantasía en términos solidarios les hace sentir a ellos algo que es muy, muy importante, y es que el hecho de que existan no es algo banal o significativo sino todo lo contrario. En la medida que uno siente una recomposición del mundo interno, un aumento de la autoestima, una confianza en uno mismo en la capacidad de generar disminuye la vivencia de marginalidad y de exclusión, y facilita por lo tanto los primeros pasos de una reinserción en la sociedad, una inclusión social.

carriles, y no escriben desde hace 15 o 20 años. Y cuando uno intenta que vuelvan a escribir no lo saben hacer, son analfabetos a pesar de tener, o casi, la primaria completa. Los que están acá son pobres o marginados sociales. El clase media, o media alta no viene a la cárcel, porque tiene acceso a la justicia, tiene acceso a los abogados. De alguna manera zafa de la cárcel, es algo que a poca gente le importa, pero es la verdad”, analiza Sarlo.

Alejandro Miranda y Ricardo Piña son de Eloísa Cartonera, estuvieron en las primeras 6 clases del taller. En la última mostraron cómo se hacían los libros, paso por paso. “Al principio fue un poco duro, porque es un mundo que no se conoce. Por suerte el taller funcionó bien y se pudieron sacar cosas positivas”, comenta Miranda. “Me gusta que se animen a hablar de amor”, les dice Piña –que ya tiene tres libros publicados por la editorial– a los internos cuando se leen poemas y los incita a largar la imaginación.

ENTRE EL AMOR Y LAS SOMBRAS. Los relatos se suceden, están poblados de muerte y traiciones, el Bajo Flores y Fuerte Apache son escenarios de las acciones, y hasta aparece un Ezequiel Lavezzi que

“ESPACIOS DE EXPANSIÓN PRIVADA”

Juan Sasurain*

La literatura de ficción o la poesía son un espacio de libertad. Son espacios de expansión privada, en el saludable sentido de la palabra “privada”. Es una de las cosas que tenemos propia, personal. Porque el gesto de leer no se parece mucho a ninguna de las actividades que habitualmente realizamos. Consiste en estar solos con la mente concentrada en una cosa, sin poder hacer otra simultáneamente. Por eso, hoy en términos sociales la actividad de la lectura está en decadencia, porque casi todas las actividades las hacemos junto a otros, con ruido, atendiendo otras cosas, no existe ese grado de concentración. La lectura es un diálogo que requiere toda nuestra atención, a concentrarnos y a escuchar al otro, y es un diálogo secreto.

En general, y sobre todo, la experiencia de la lectura nos permite ampliar el horizonte de nuestros interlocutores. Y, más allá de la propia experiencia vital real que se tiene, es una forma indirecta de vivir. Hay muchas cosas que valen la pena conocer. Muchas veces, por propia elección o por condicionamientos uno está limitado a cierto grado de experiencia. Cuando se dice, “la buena lectura abre la cabeza”, es refiriéndose a eso.

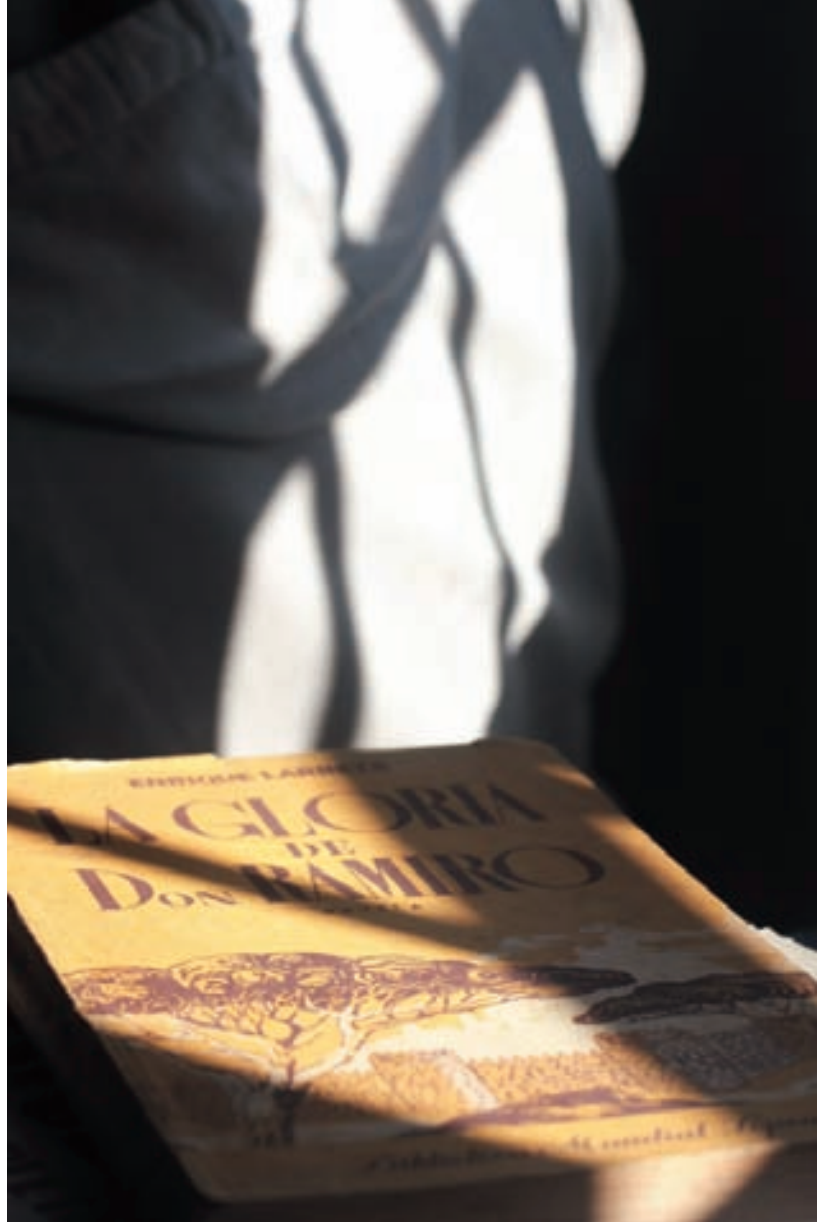
Si esto es así en general, cuando uno está en una circunstancia especial o, en determinado momento de la vida muy acotado, muy fuerte, muy determinante, ya sea en tiempos cronológicos o incidentales, como puede ser la adolescencia o la cárcel, la lectura puede ser un instrumento particularmente valioso.

El otro aspecto es el paso de la escritura o la expresión y no es separado o diferente, en general la gente que escribe es porque ha leído. Uno habla porque le hablaron y escribe porque leyó. Escribe para poder leer lo que uno escribió, para escribir aquello que todavía no está escrito, no en términos artísticos porque todo está bien escrito. Pero siempre en cada hombre está la conciencia de que hay un saber en las pequeñas cosas, o grandes cosas, que es un patrimonio personal. Todo el mundo sabe algo que el otro no sabe, eso es cierto. Puede ser de la vida personal u otra cosa, la suma de todas las experiencias es lo que hace más rica la vida, el testimonio de cualquiera es valioso.

* *Periodista, guionista de historietas, escritor y conductor del programa “Ver para leer”, de Telefé.*

juega en Banfield, y se habla de la “entrega de las sustancias”, pero también está la amistad, el amor, la pasión. “La besó hasta las sombras”, lee Daniel y cuando escucha lo que dice lo remata con un: “re Arjona, ¿no?”, que arranca la carcajada del grupo.

Ya casi al final de las dos horas y media que dura el taller aparece el amor condensado en palabras que nada tienen que ver con la filosofía tumbera, se lee poesía. “Que un tipo hable de sus sentimientos en la cárcel viola todos los códigos tumberos, a mí no me interesa que este proyecto sea por el lado tumbero, hay que sacarlos de esa subcultura”, sostiene Sarlo. Ahí, en el primer banco recostado contra la pared, Miguel Ángel espera ansioso para leer su poema “Ese



beso”, donde “ese beso sacó a pasear el alma y despidió la soledad”.

Miguel Ángel se ríe cuando se le pregunta si es el poeta del grupo, le falta poco para salir y está terminando la primaria en la escuela que funciona en la Unidad. “Me dieron la oportunidad y lo estoy aprovechando. No estamos acá porque somos ángeles, hemos vivido cosas feas. Más allá de que esté mal lo que hemos hecho, uno aprovecha esto para volcar un montón de cosas, para mí venir acá es terapéutico”, explica.

La ilusión de todos es armar una cooperativa, la idea es que esos trabajos se puedan publicar y vender. Ya están armando unos libros con cuentos infantiles para un comedor. Es algo que los incentiva mucho, todos hablan del “microemprendimiento”. “Mi preocupación, además de lo literario, es que cuando salgan de acá, van a estar más solos que un perro, la sociedad los va a abandonar. El proyecto en sí quiere romper el prejuicio y preconcepción que la sociedad tiene de ellos”, reflexiona Sarlo. Y comenta que la idea es armar una “Cartonera”, donde ellos van a enseñarle al resto de las cárceles este sistema. “Además, vamos a hacer un concurso literario y, luego, con más ambición, vamos a hacer uno intercarcelario y va a ser publicado en la editorial”, adelanta con entusiasmo. Y en sus ojos se ven las ganas de que todo esto no quede en palabras y pueda ser parte de una realidad que hoy es un sueño acariciado por él. ●